

---

SCHELER, MAX

*Ensayos* (Estudio introductorio de Urbano Ferrer y traducción de Julián Natucci), Guillermo Escolar editor, Madrid, 2022, 181 pp.

La traducción de Julián Natucci refleja con lealtad las características de erudición y oposición frontal al positivismo propias de Max Scheler. Con estudio preliminar de Urbano Ferrer, nos descubre al Scheler silenciado y postergado hoy, también al más inquieto y sincero. Con pleno conocimiento de su generación filosófica y en diálogo con todos ellos (Dilthey, Weber, Troeltsch, Simmel, Sombart, etc.), Scheler ya no aceptaba más dictados de la filosofía de la historia hegeliana, sino solamente el de que la misión de toda filosofía es “pensar su tiempo”. No olvidemos que tan brillante generación de profesores, ya en el otoño de sus vidas, sufrió el estallido de la I Guerra Mundial. Como Scheler estaba entre los más jóvenes, los cinco *Ensayos* comprendidos entre 1913 y 1927 nos permiten escuchar en directo el palpito de las clases de aquellos maestros bajo el signo de una época. Hay que ponerse en el momento en que la universidad de Berlín se contaba sin exageraciones entre las mejores del mundo, *alma mater* junto a Jena, donde Scheler reorientó su vocación por la filosofía. Que el siglo XIX del marxismo y el nihilismo planteara la historia humana con esquemas preestablecidos (y recubiertos de pseudocientificidad), no le hace a Scheler renunciar a nuestro “*libero arbitrio*”, sino que continuando el rico legado judeocristiano parte

de que la historia es el *ethos* donde convergen la acción y la intersubjetividad humanas.

Scheler es crítico asimismo con todas las filosofías de la mente que, al abordar la conciencia, han considerado las fuerzas afectivas como el sustrato biológico del cerebro humano. El primer ensayo prelude su libro *Sociología del Saber* de 1927. Por eso, éste como los otros ensayos tiene la frescura y rapidez de los textos que aún no se han hecho académicos, dejando entrever preguntas retóricas en las que el filósofo aún boceta su pensamiento. Además, la traducción española da naturalidad a sus descubrimientos profesionales.

La claridad didáctica de estos *Ensayos* seleccionados, tan bien preservada por la traducción de Natucci, la cohesión y la relativa brevedad de los mismos hacen del texto un recurso muy apropiado para dar a conocer este periodo postergado del pensamiento del siglo XX. Iniciarse en la tarea predilecta de la fenomenología resaltaría en la misión educativa la axiología moral, redescubriendo con urgencia para el siglo XXI la objetividad de los valores morales y la jerarquía esencial que los constituye. La redacción de estos *Ensayos* es más asequible que el lenguaje académico. Tiene a veces un desarrollo de preguntas a todos los flancos que no es mera retórica ni argumentación vacía, sino más bien el tanteo con el que proyecta todo un programa de pensamiento a desarrollar en los siguientes semestres.

Scheler avizora aquí una “sociología del conocimiento pura” como parte esencial de la filosofía de su tiempo, es decir, en plena crisis lógico-positivista de la metafísica. Dice Ferrer: “En efecto, existen dichos y conceptos que impregnan la cultura ambiente teniendo su matriz en la fe y la teología, como pueden ser la noción de persona, la creación del mundo, que el cielo esté arriba y el infierno abajo (otra cosa es que esta última representación no pase de ser un *fictum* de la imaginación)”.

En el ensayo sobre las cosmovisiones Scheler se refiere a rasgos epocales característicos de cosmovisiones históricas determinadas. Así, el nominalismo asociado al voluntarismo, o el individualismo social y el utilitarismo del valor, relacionado con los viajes y el comercio (frente al valor como *axion* o *dignitas* en el mundo

clásico griego y romano), en el despuntar de la Modernidad. Todos estos factores propician unas reglas éticas de preferencia, que llevaban, por ejemplo, a juzgar peor el hurto —sin violencia— que el robo, en la medida en que el primero se agravaría por el engaño que conlleva y por no dar ocasión a que la víctima se defienda; o bien, en el mismo contexto, el batirse en duelo se legitimaba por el honor lesionado, que campeaba en las reyertas frecuentes. La situación cambia cuando el *ethos* imperante viene configurado por los valores de la paz, los equilibrios y alianzas entre los pueblos, el enriquecimiento mutuo..., que se abriría paso en Europa con la paz de Westfalia (1648).

Estas y otras variaciones no significan para Scheler un relativismo histórico del valor, ya que se sitúan en el plano de los portadores de valor, como las civilizaciones, no en el nivel de los valores mismos. Lo que denotarían es más bien el perspectivismo en los valores: un recorrido histórico que se traduce en un orden de preferencias condicionado por variables históricas, geográficas y raciales. Pero, en todo caso, las cualidades de valor son objetivas.

Se cierra el libro con el ensayo *Spinoza* de 1927. ¿Una nostalgia, al final de su vida, del judaísmo de su origen familiar, después de sus altibajos como católico? Era obligado estudiar a Spinoza por todos aquellos que habían reconstruido tras el neokantismo la filosofía alemana y el idealismo. Al menos, la filosofía alemana como una secuencia intelectual que emerge entre los rasgos de su identidad nacional, basada en las irreversibles escisiones de la conciencia a partir de la Reforma. El idealismo alemán tuvo la audacia metafísica de poner en diálogo al criticismo kantiano con el objetivismo cartesiano de Spinoza, e ir transformando el estático y ancestral ser de Parménides en una “historia de la conciencia” que va desplegando evolutivamente distintas “formas de la divinidad” hasta nuestro presente.

Ante la inquietante polémica sobre el espinosismo, Hegel “define la metafísica como la *naciente* autoconciencia de la divinidad *en* el hombre”. Hegel, entonces dejando Jena camino de Núremberg, sabe que no está más que trasladando “una idea crucial de Spinoza al ámbito histórico”. O sea, llevando la ontología a la filosofía de la

historia (*Fenomenología del Espíritu*). Ahora Scheler, consciente de que debemos partir de aquella encrucijada de Alemania en torno a 1800, devuelve ese primer impulso a su genuino origen ético. *Ético* porque ética es la senda que abunda en la virtud y nos aleja del vicio, la que refuerza la verdad y nos previene del error. Porque ética, antes que normas de conducta o del deseable querer humano en la vida, es la “técnica de purificación del espíritu y el corazón para el conocimiento de Dios’. Precisamente un libro para la *salvación del hombre*”. Dicho así por Scheler y conscientes del contexto, nos hace volver la memoria histórica de los europeos a aquella década en la que Scheler aún tiene esperanza como ciudadano y fe como creyente.

Pero la parada más fructífera en toda esta evolución generacional, para comprender la recepción de Spinoza en la reafirmación nacional del luteranismo, es Fichte, no Hegel. Una rebeldía en pos de la libertad, “vida paralela” en cierta manera. Para el primero, la ilusión humana y demasiado humana de quien ignora los verdaderos designios de la voluntad de Dios; para el alemán, la conclusión radical que anhelaba una nación dividida que no acabó de nacer nunca. Scheler clarifica como nadie en estos *Ensayos* el componente “práctico” de la metafísica idealista. Convierten “el libre cumplimiento del deber y la acción en justamente el sentido último de la vida (...) poniendo también el conocimiento (...) al servicio de este sentido último”.

José Luis Yepes Hita

IES Avempace, Zaragoza

jlyepes@yahoo.es

DOI: <https://doi.org/10.15581/009.57.2.017>